

Y hay alguno
Que sospecha
Que la mecha
Le apagó.

Si esto es cierto,
Yo no dudo
Que el saludo,
Maldicion,
Fué venganza
O querella
Contra ella,
No al velon.

Pero fuera
Lo que fuese,
Y hora hubiese
Treta ó no,
Es el caso
Que el poeta
En completa
Paz quedó.

Satisfecha
Su voz triple
Con la triple
Maldicion,
Solo dijo
Ese-ose....
Y acabóse
La cancion.

POESIAS SERIAS.

AL ESTUDIO DE LA POESIA.

Templadme el arpa de oro,
Genios del canto, y el ferviente ruego
Oid con que hoy imploro
Vuestra alta inspiracion y ardiente fuego.
Dadme, dadme ese ciego
Entusiasmo que agita;
El estro dadme que á cruzar me lleve
La bóveda infinita,
Do huyéndose fugaz la mente leve
Pueda un tanto apartar la idea triste
De ese mundo cruel, de esa adorada
Infeliz patria mia,
Libre y exenta y floreciente un dia,
Y hora con mengua á la coyunda atada.
¿Cómo sonar mi canto
Entre esclavos y déspotas pudiera,
Esclavos mustios que cobardes gimen,
Déspotas sin pudor que al siervo oprimen?

Abrasará la esfera
El rayo vengador: llegará el día
En que la eterna mano
A los senos del Orco precipite
Al siervo y al tirano,
Y de éste la osadía,
Y de aquel la abyeccion y el desaliento.
Prueben á un tiempo su venganza fiera.
¿Y yo cantar pudiera
En tanta espectacion? ¿y el golpe infando
Sobre mi cuello mísero esperando,
El plectro á resonar valiente fuera?

¡Ah, dadme otra mansion! dadme un florido
Y silencioso albergue, donde solo
Suene el favonio regalado y tierno,
Y el cantar de las aves no aprendido:
Dadme un prado vestido
De Abril y Mayo eterno,
Donde claro un raudal afable ria
Entre guijuelas de oro,
O entre mirtos de amor, al rubio día
Su ardor robando en adorable anhelo:
Dadme mirar un cielo
De bello azul teñido,
O con la luz del alba enrojecido,
Repartiendo esperanza al mustio suelo:

Y entonces remontar podré mi vuelo,
Y entonces cantaré, libre la idea
De esos recuerdos de ignominia y lloro;
Y entonces templaré, genios celestes,
Con valedora mano el arpa de oro.

¿Pero me engaña la ilusion? ¿es cierto
Que los cielos hendís, leves bajando,
Propicios á mi voz? Sí, que ya el blando
Favonio, nuncio vuestro, entre las cuerdas
Se meció de mi lira,
Y mi frente besó ceñida en torno
De pomposo laurel, amable adorno
Que al vate prodigais: gime y suspira
Mi pecho de placer: el labio santo
En sonido inmortal levanta el eco,
Y montañas sin fin de hueco en hueco
Repiten con pavor mi ardiente canto.

¿Oís? ¿no os causa espanto
El hondo retumbar? Mi pecho hirviente
En entusiasmo tanto,
¿No os comunica su fervor vehemente?
La inspiracion ardiente
Grata acampaña con el plectro amado
Mi cántico sagrado:
Y entre tanto á mi voz omnipotente

Desaparece el mundo que habitaba,
Y huye con él la tierra,
Y con la tierra hasta el infausto nombre
Del hombre, y con el hombre
Siervos, yugo, dosel, discordia y guerra.

¡Placer de imaginar! ¡dón de los cielos
Nuevos mundos finjir! ¿Qué importa, impíos,
Que á la argolla servil y á la cadena,
Por ahogar el laúd que libre suena,
Insanos destineis los miembros míos?
Los calabozos fríos
¿Qué son? ¿qué las prisiones
Al bardo augusto que mirais con ira,
Si al eco de su lira
En mansiones de gloria las convierte
Burlando de la fuerza los rigores,
Y engalanando en flores
Los duros grillos que forjó la suerte? . . .

Dilo tú, dilo tú, perenne gloria
De Italia degradada, hijo divino
Del genio y del amor, Tasso sublime:
La cárcel que te oprime
¿Podrá impedirte remontar las alas
A las etéreas salas
Do triste, opresa la virtud, no gime?

¿Podrá nefanda la razon de estado
Arrancarte á Leonor? La tiranía
¿Podrá evitar que á la mansion impía
Tus mismas ilusiones
Bajen hermosas á calmar tu pena,
Y á romper la cadena
Que separa cruel dos corazones?

Miradle sonreír: ese delirio
Que el vulgo necio apellidó locura,
Sueño es de amor, de gloria y de ventura
Que templó su martirio.
Vedle gozar al lado de su amada
El premio ansiado que finjó el deseo:
Vedle feliz en su ilusion: la mente
Que á Reinaldo creó, férvida, ardiente,
Hoy le crea un altar y un himeneo.
¿Qué importa la verdad ó la mentira
Al que sueña en el bien? ¿al que en sus manos
Delirante de amor tiene una lira?
Séres sin fin descienden al sonido,
Y el calabozo infando
En cánticos de gloria alegres llenan:
Séres sin fin le halagan y enajenan,
Su larga soledad acompañando.

¿No los veis? no los veis? Omnipotente
El de la nada los sacó á la vida:

Vedle exhalar entre sus brazos bellos
De su genio los últimos destellos:
Vedle espirar en su Salem querida.

Ved á su lado á la divina Armida,
A Reinaldo, á Tancredo,
Pedro, Argante, Sofronia, Godofredo,
Clorinda, Soliman.... ¡Dios poderoso!
¿Quién le dió al hombre el genio portentoso
De embellecer? Estático á tan ledo
Y feliz espectáculo, permite,
Permíteme, gran Dios, que te requiera:
¿No eres tú el solo que en el alta esfera
Puedes mundos crear, y el gran vacío
Llenar de séres que dó quier te aclamen,
Y que Padre te llamen
Del rubio Mediodía al Norte frio?

¡Oh, gloria á tu bondad! Velado un dia
De gloria inmarcesible,
Los astros de oro humildes te acataban,
Y de santos espíritus se via
El coro celestial con indecible
Pasma esperar tu voz: todos callaban,
Cuando tu faz de súbito, en afable
Bondad bañada, por tu brazo mismo
Creaste al hombre á semejanza tuya,
Temblar haciendo al espantoso abismo.

¿Qué pudo ya de entonces al anhelo
De tu imájen negarse? El ráudo vuelo,
Al letargo mortal haciendo guerra,
Alza el hombre del suelo,
Y emulándote a tí, Señor del cielo,
Obra portentos mil sobre la tierra.
Oye bramar en la fragosa sierra
La nube tronadora,
Y el trueno y el relámpago produce,
Y del rayo la furia asoladora.
Roba sus lindas y agraciadas flores
El pincel poderoso
A la estacion de la esperanza hermana;
Roba su incierta luz á la mañana.
Y tú, música audaz, ¿cómo pudiste
El sonido imitar del arroyuelo,
El rujido de un mar siempre sañoso,
De la lluvia el descenso armonioso,
El roce de las bóvedas del cielo?
Mas no desmaya el vuelo
Del genio creador: tiende la vista,
Y es corto espacio á la ambicion del hombre
Cuanto á su torno vé: llena de mundos
Y de mundos sin fin el campo inmenso
Donde nada la luz: llena de séres
Los mundos que creó; séres felices

De quien se juzga hermano;
Séres mejores que el mortal insano.
El globo de la tierra
No es el volcan do la discordia impía
Como cometa ardía;
Que él le juzga mejor, y paz y holganza
Finje en él y virtud: vuelven los días
Del delicioso Edén, y la morada
Del hombre es tan feliz como otro tiempo
Al salir de la mano creadora....
¡Oh Dios! ¿y llega un hora
En que fiero el impío
Te apellida tirano en triste nombre,
Cuando te dignas enseñar al hombre
Y divides con él tu poderío?
¡Y el rayo duerme oyéndolo, Dios mio!

Pasmóse la natura
Al verse embellecida
De séres: en el cielo
Nunca brilló tan pura
La lumbrera inmortal, fuente de vida,
Como este día tan feliz al suelo.
Los cielos tu bondad glorificaron
Vibrando nueva luz sus astros de oro,
Y en refulgente coro,
Gloria al Señor, los ángeles cantaron.

¡Los ángeles, gran Dios! Angeles bellos....
¿Qué sois, que ledos y de gloria henchidos
En el cielo habitais? ¿Debeis por suerte
El fantástico ser á las ficciones
Del ente pensador? ¿Sois ilusiones
Con que sus penas el mortal divierte?
¡Ah, no, santos espíritus! Yo admiro
Un efecto en vosotros de la mente
Florida del Señor: yo sus arcanos
Jamás con fiero encono
Osé profundizar: sois los que el trono
Del Santo rodeais; sois mis hermanos.
¿Mis hermanos? ¡Ah, sí! ¿No es pensión vuestra
Cantarle como yo? ¿las prestas manos
No tendeis á la lira
Para loar su nombre poderoso?
¿Es otro el cargo mio?
¿No hiendo yo tambien el aire frio
En su canto de gloria sonoro?

¿No sois vosotros los que al hombre triste
Compasivos mirais, y de la mano
Le llevais por la senda
Del bien, la infausta venda
Arrancando al error y al vicio insano?
¿No haceis vosotros placentero y llano
De la virtud el áspero camino

Cubriéndolo de flores?
¿Tiene el poeta, oh séres voladores,
Otro cargo en el mundo, otro destino?
Volved la vista, contemplad la tierra,
Presa infeliz de espíritus protervos
Ardiendo toda en sedicion y en guerra,
O dividida en déspotas y siervos;
Mientras el númen santo
Del vate creador arde y se agita,
Y libertad les grita,
Y union y caridad vierte en su canto.

¿Mas, dónde, genios de la lira, adónde
Guiáis mis alas de consejo ajenas?
¡A la tierra! ¡al planeta miserable
Causa fatal de mis amargas penas!!!
¡Ah, no, volvedme al cielo,
Volvedme al Dios del justo, al gremio hermoso
De mis queridos ángeles, consuelo
Y bien y gloria mia,
Y á la dulce ilusion que me embebia.
¿Pues qué! ¿pudiérais el oido ingrato
Cerrar á mi orfandad y á mis clamores?
¿Pudiérais con rigores
Y con esquivo empeño
Mis voces desoir? ¡Ah, no, valedme
Una vez y otra vez; bajad, volvedme

Mi dulce delirar, mi amado sueño.
Así dormido y plácido y risueño
Me llamaré feliz: así del mundo
Huyendo la falacia y doble trato,
Ni temeré su encono furibundo,
Ni el finjir sin segundo,
Ni la calumnia vil del hombre ingrato.

A ZORRILLA.

Toma, oh jóven, la lira, y pues al cielo
Genio debiste sin igual, fecundo,
Haz que te deba agradecido el mundo
La copa bienhechora del consuelo.

Adopten otros la cruél tarea
De ahullar y maldecir: tú, compasivo,
Calma del hombre el padecer esquivo,
Y halagüeño y social tu canto sea.

Mira al humano sin creencia alguna,
Y perdidas del bien la ilusiones:
Mira sin fé los tristes corazones
A la suerte acusar y á la fortuna.

Hubo un tiempo en que el hombre se alegraba.
Y en el amor y la amistad creia,

Y al templo en su afliccion se recojia,
Y al númen en sus penas invocaba.

Dios, su dama y su rey eran su emblema
Religioso, patriota y caballero:
Por ellos desnudaba el limpio acero;
Ellos hacian su ventura estrema.

¿Qué importaba la argolla, el triste yugo,
La injusticia, el baldon, la tiranía?
El hombre era feliz cuando creía
A despecho del hacha y del verdugo.

Hoy la suerte fatal burla sañuda
Su mejor esperanza y su deseo,
Y el hombre es infeliz porque es ateo,
Y si ateo no es, cede á la duda.

¿Quién del triste mortal compadecido
Volverá al corazon la paz primera?
¿Será la ciencia descarnada y fiera?
Pero los sabios ¡ay! nos han perdido.

Hija del corazon, no de la mente,
La bienhechora fé brillaba un dia:
Hija del corazon la poesía
Despertarla tal vez sabrá elocuente.

Canta, pues, jóven, y á la santa empresa
Apresta el eco de tu voz sublime:

Consolar al mortal que triste gime....
Ese es tu cargo, tu mision es esa.

¡Oh, si la lira que te dió el destino
En mis manos armónica sonara!
Yo tambien á la empresa me alentara
Y te siguiera en tu inmortal camino.

Pero ya que eso no, consiente al menos
Que tome parte en tu esplendor futuro,
Y un lauro te prediga hermoso y puro
En versos pobres de rudeza llenos.

Grande, si quieres, brillará tu nombre,
Orgullo ya de la española gente.
Sigue: el vate mejor es quien mas siente,
Quien mas consuelos proporciona al hombre.

A LA DIPUTACION PROVINCIAL DE ZARAGOZA,

POR SU PATRIOTICO DESIGNIO DE FOMENTAR EN EL PAIS RI-
ESTUDIO DE LAS CIENCIAS NATURALES, CON OCASION DE LA
ACADEMIA DE FISICA Y GEOGRAFIA ESTABLECIDA BAJO LA DI-
RECCION DE D. CAYETANO BALSEYRO Y GOICOECHEA.

No, no perecerá: la vez tercera
Es la vez de su triunfo. Insana y fiera
La diestra del tirano
Vibra el puñal, pero lo vibra en vano.

La santa libertad sentó su trono
En mi patria infeliz: vano el encono,
Vana es la furia del Averno ciego.
Al devorante fuego
Dada será la mies, dados los lares
Y miseros hogares,
Mas no la libertad: sangre vertida
Sabrá apagar la llama enfurecida
Por preservar su templo y sus altares.

Sí; que la hispana juventud bramando
A la lid se abalanza,
Y el insolente bando
De la usurpada tierra al Oreo lanza.
En vano á su pujanza
Pretende resistir; en vano esquiva
La nefanda garganta al hierro duro,
Que al fin el monstruo impuro
La vida exhalará. ¿Qué importa, alevés,
Que la existencia impía
Dilateis todavía?
¿Qué importa que valor acaso os preste
La desesperacion? También la llama
Se esfuerza por vivir, y cuando espira
Es por ventura cuando mas se inflama.

¡Así brillais vosotros,
Así pereceréis! ¿Pero es acaso

La furia de Mavorte
El arma sola que emplearse deba
Contra la vil cohorte
Que el despotismo lleva?
¿O además del puñal, hay otro medio
De vencerle mejor? El brazo solo
Por sí no bastaría:
Un dia nos robara
La victoria de un dia,
Si el hombre al contrastar la tiranía
En la fuerza brutal solo fiara.
¿Qué le falta? ¿ilustrarse? Pues saquemos
Al pueblo del error: démosle ciencia,
Y estable triunfo en el saber busquemos
Ensanchando la humana inteligencia.

Venciendo á la ignorancia
Se vence al despotismo: heridle en ella,
Y el corazon le heris. ¡Oh diputados
De la inmortal Augusta!
Vosotros la mision de que encargados
La patria os tiene, comprendéis. Robusta
La juventud hispana,
Blandiendo el hierro, al despotismo asusta;
Pero le asusta mas esclareciendo
La mente indagadora.
Vedla, vedla correr con voladora

Planta, de guerra entre el horrible estruendo,
Al templo de las ciencias que Cristina
Inmortal nos abrió. La luz divina
De la verdad la hiere:
Deja tal vez la espada
Por hallar la verdad que absorta inquiere;
Deja el libro tal vez, y alegre muere
Por defender su libertad preciada.

No en vano, ¡oh diputados!
Ese Liceo que *Balseyro* erije
Una mirada cariñosa os roba,
Y vuestro celo paternal exige.
¿Cómo pudierais esquivar el dulce
Placer de protegerlo?
¿Cómo negar el pecho á la esperanza
Que concibe la mente solo en verlo?
Seguid, seguid en el empeño honroso
De tenderle una mano
Sensible y bienhechora:
Tal vez la lira trémula, insonora,
Que hoy en mis manos inespertas suena,
De entusiasmo algun dia y de estro llena
Los frutos cante que sembrais ahora.

Tal vez el dia llegue,
Merced á vuestra ayuda,

En que la industria su sopor sacuda,
Y el vuelo santo en mi país desplegue:
Acaso en cada jóven
Que á la academia acuda
Un artista veais: acaso el suelo
De Aragon venturoso
Se ostente tan hermoso
Como su hermoso cielo:
Tal vez los yermos que la vista afrentan,
Y á natura nos mienten enemiga,
Dando lugar á la ondeante espiga
En campos de abundancia se conviertan.

Que tal ha sido en las demas naciones
La consecuencia hermosa
De estudiar á natura.—
Mas la feliz ventura
De ser libre el humano.... ¿á quién se debe?
¡Oh diputados! perdonad; mi plectro
A decirlo, á cantároslo se atreve:
Pero no es á vosotros
A quien mi voz dirijo:
Es al jóven hispano
Que acaso ignora la ventaja inmensa
De arrancar un arcano, un solo arcano
Al mundo hermoso en cuyas leyes piensa.

En armonía y equilibrio eterno
Que do quiera se advierte;
Esa justa igualdad, ese orden santo
Que todo lo encadena en lazo fuerte,
¿Será que no despierte
En el humano pecho
La idea sacrosanta
De otro equilibrio que el impío niega
En el mundo moral? ¿Será que él solo
Llenar las leyes de natura ignore,
Cuando de uno á otro polo
No hay sér alguno que la ley no adore?
¿Será que oprima, ó que oprimido lllore?
¡Jamás, que no hay tiranos
En las obras de Dios! No hay siervos viles
Donde equilibrio y ley son soberanos.

¿Por qué se estremecieron
Los déspotas del globo
Cuando el audaz Copérnico subía
Hasta el astro solar lleno de arrobo?
¿Por qué, por qué gritaron herejía,
Cuando inmóvil y fijo
Puso en el centro al luminar del día?
¡Ah! que esa teoría
El orden revelaba:
Era el emblema mismo

Del social orden que el humano ansiaba;
Y el orden bienhechor los asustaba,
Porque do el orden es, no hay despotismo.

Llor y gloria, pues, al que anhelante
Hasta el jóven descende,
Y la tarea emprende
De revelar el orden incesante
Que en el físico mundo acorde brilla.
¡Llor, *Balseyro*, á tí! Fuérale dado
A mi lira sencilla
Emular el sonido
Que en la mano de Pindaro vibraba,
Y la envidia que al bueno el diente clava
Dentro del pecho ahogara su bramido.
Pero inútil te fuera
Mi débil voz, cuando la ilustre y sabia
Diputacion de Augusta
Generosa te alienta, y de su rabia
Te escuda y te defiende. ¡Ah! gusta, gusta
De ese placer primero:
Otros le seguirán. Yo mientras tanto,
En incesante canto
Y en pobrísimo verso, aunque sincero,
Te aleptaré constante
A consumir la empresa comenzada:
Y mientras tú con mente enajenada

De natura en los éstasis te arrobés,

“*Sigue, te gritaré, sigue el camino*

“*Que te marca el destino.*

“*Cada español que robes*

“*A la ignorancia impia,*

“*Lo robas á la infanda tiranía.*”

A UNAS LAGRIMAS.

¿Es cierto, oh Dios, es cierto?

¿Yo tus celestes ojos

Bañados miro en ardoroso llanto?

¿Yo tu rostro cubierto,

Entre dolor y enojos,

Del triste lloro que persuade tanto?

¡Ay! á tal desconsuelo, á tal quebranto

¿Quién ha dado ocasion, que así te miro

Desalentada, oh mísera? Yo muero

Si á tu pecho causé rigor tan fiero:

Si la causa no fuí, también espiro.

Esos ojos hermosos

Por el amor formados

Para vencer y avasallar al mundo;

Esos astros graciosos,

Que ledos, sosegados,

Mostrar debieran su fulgor fecundo....

¡Oh, nunca, nunca del dolor profundo

Probaran el rigor y saña aguda!

Que no nació la rosa delicada

Para morir indignamente ajada

Del eaminante por la planta ruda.

Pero tú mientras tanto

Prosigues en tu lloro,

Y en mi pecho agitado la alba frente

Reclinas: cae tu llanto,

De amor dulce tesoro,

Sobre mi corazon que late ardiente,

Y la pena fatal del tuyo siente.

¡Oh lágrimas preciosas! mi ternura

No, no las perderá: labios, delante

Teneis la ansiada fuente: en el instante

Apagad vuestra sed ardiente y pura.

¡Bebedlas ay! bebedlas,

Que no el amor propicio

Siempre su rostro os mostrará: ojos bellos,

Lindos ojos, vertedlas

En continuo ejercicio

Mientras el sol los lucidos cabellos

Derrame por la esfera, y sus destellos

Lejos lancen de sí la noche fria:

Mientras la tempestad siga á la calma,
Vertedlas, y complázcase mi alma
En el raudal que el sentimiento envía.

¡Mas ay! que de tulloro,
Dueño adorado mio,
No es la causa tal vez mi amor ardiente:
Mientras yo fiel te adoro,
Tal vez tu pecho impío
Arde en otro cariño mas ferviente,
Y de mis iras el rigor presiente
Cuando yo le recuerde la fê rota
Que me jurara; y de mi furia el peso
Como culpada auguras, y por eso
Cobarde llanto de tus ojos brota.

Yo por mi parte, pura
La lealtad jurada
En mi constante pecho he conservado;
Ni á mi cara ternura,
Ni á la verdad preciada
Falté, ni á nuevos votos me he ligado.
¿Hasme creído infiel? ¿hanme pintado
Veleidoso por suerte? ¡Ah! tus recelos
Son injustos, bien mio: alanza, alanza
Del seno la fatal desconfianza,
Y cese el llanto de los crudos celos.

¿Pero qué es lo que hablo?
De lágrimas cubierto
En tus manos, mi bien, un libro miro.
¡Una lámina!—es Pablo....
Es Virginia, que abierto
Mira el mar á sus piés en ráudo giro,
Y la veste se ciñe, y dá un suspiro,
Y á morir se prepara, al tierno pecho
De su amante la imájen estrechando....—
¡Sigue, amada, en tus lágrimas! llorando
Su virtuoso autor el libro ha hecho.

Sigue ¡oh bella! y perdona
A un amante celoso
La mísera ilusion, el cargo triste
Que el dulce amor no abona.
¿Yo el rato delicioso
De tu lectura interrumpí? ¿tú oíste
De mis labios la queja? ¡Ay! ¿y pudiste
Del justo enojo contener la llama
Cuando escuchaste tan indignas voces?
¡Perdon, amada mia! bien conoces
Que el mas desconfiado es quien mas ama.

¡Adios! á tu lectura
Vuelve, adorado dueño,
Que yo respeto tan hermoso llanto

Y angélica ternura:
Vuelve con nuevo empeño
A las celestes lágrimas que tanto
Aumentar saben mi amoroso encanto.
¡Ah! tu beldad, tu gracia habrá podido
Inspirarme una llama pasajera,
Mas no el fuego que siempre reverbera
Superior á los tiempos y al olvido.

Llora, Betina, llora,
Que la virtud se place
En mirarte llorar: no así afanado
Al sonreír la aurora
Suelto el ganado paze
La verde grama y el tomillo ansiado:
No así la sávia en el fecundo prado
Al arbolillo nutre que apacible
Cubierta de verdor la sien ostenta,
Como regala, nutre y alimenta
Próvido el llanto al corazón sensible.

A ZARAGOZA.

Salud, pueblo santo, ciudad invencible,
Honor de los buenos, Augusta, leal!
¡Salud, Zaragoza! tu nombre es terrible,
Tu prez sin segundo, tu saña fatal.

¡Oh, quién la alta lira pusiera en mi mano
Que á Píndaro dado le fué resonar!
Cantara yo el día que al fiero tirano
La altiva cabeza supistes hollar.

Entonces fué cuando el ibero y el huerva
Alzaron por verte la mádida sien,
Y en palmas de gloria trocada la yerba,
Te dieron cantando inmortal parabien.

No pude yo entonces mostrando mi brio
A par de tus hijos morir ó vencer:
La culpa es tan solo de vos, padre mio,
De vos, que tan tarde me disteis el sér.

En mísero cerco la gente estrechada,
El déspota impío vencerla creyó,
Y ya victorioso en su mente obcecada,
Los ojos al Norte ambicioso tornó.

¡Mas ay, que la saña rompió furibunda
Del pecho irritado la estrecha prision
Cual viento que brama en caverna profunda
Y estalla de pronto con hórrido son!

El pueblo furioso recuerda sus reyes
Vilmente engañados con dolo fatal,
Hollados por tierra su culto y sus leyes,
La patria vendida á coyunda y dogal.

Y tú, dos de Mayo, misérrimo día,
¿Por qué tantas iras viniste á colmar?
Tú abriste á los galos la tumba sombría,
Tú el sol de Austerlitz conseguiste eclipsar.

Temblaron los viles, en manos iberas
Al ver en su daño el puñal relucir;
Y el pecho bañaron con lágrimas fieras,
Presagio de luto, de breve existir.

¡Oh gloria! el anciano, la vírgen hermosa
Las iras desprecian del fiero adalid:
Ser viuda no asusta á la mísera esposa,
Si el caro consorte perece en la lid.

Las mechas ardan, los broncees sonaban,
Ruina sembrando y estrago mortal,
Y aquellos valientes el ruido escuchaban
Con menos asombro que el galo fatal.

Entonces fué oír la terrible, la densa,
La férvida lluvia de globos sonar;
Entonces fué ver por la atmósfera inmensa
Al rápido impulso edificios volar.

¿Qué són en la tierra jamas fué tan duro
Que al tuyo igualase, volado almacén?
¿Allá cuando el aura enlutó el humo oscuro,
Cimbrándose Augusto el inmenso vaiven?

Creyérais que el pueblo espiraba aquel día
Cumpliendo su empeño y honroso deber:
Creyérais que infausta la nube sombría
El duro holocausto subía á ofrecer.

¡Mas ay, que encontrados los duros guerreros
En mina profunda, se aumenta el rencor!
Y matan y mueren, los tristes aceros
Sin tino girando entre sombra y horror.

Tal vez erró el golpe, y al Báratro umbrío
El mísero amigo al amigo lanzó:
Y cae, y conoce del golpe en el brio
Que fué brazo ibero quien muerte le dió.

Vosotros también á la lid campo disteis,
¡Oh templos sagrados y bellos sin par!
Y al duro cañon esparcir muerte visteis
Del ara á los claustros, del coro al altar.

El galo obstinado, obstinado el ibero,
Mataban, morían con ánimo audaz,
Y todos en sangre bañando el acero
La casa insultaban del númen de paz.

Mas cesa: las heces del cáliz insano
¡Oh mísera Augusta! libar es ya ley.
¿A qué prolongar el combate inhumano?
¿A qué tus acentos de patria y de rey?

Da pasto á tus ojos: contempla la saña
Del hambre y la fiebre cercarte á la vez:
Ceder ya no es mengua: la mísera España
Te llama su gloria, su orgullo y su prez.

La fiebre te rinde, no el galo ominoso:
Tu inmenso destino cumplido está ya:
Espiras, no cedés, ¡oh pueblo glorioso!
Tu nombre en historias eterno será.

¡Salud, pueblo santo, ciudad invencible,
Honor de los buenos, Augusta leal!
¡Salud, Zaragoza! tu saña es terrible,
Tu prez sin segundo, tu nombre inmortal.

TRADUCCION LIBRE

DE LA ODA I LIBRO III DE HORACIO.

Huyo y detesto la profana plebe.
¿Cuál sacrílego habló? Prestadme oído:
Que en mi inaudito canto,
Cual sacerdote de las musas bellas,
A niños y á doncellas
La voz dirijo de mi plectro santo.

Del temido monarca al poderío
Rinde homenaje el súbdito: los reyes

Ríndenlo al que, de adustos
Gigantes rota la caterva aleve,
El universo mueve
Al arquear sus párpados angustos.

Sencillo el labrador ordena y planta
En largos sulcos las hermosas vides
Que otro despues hereda:
El rico prócer se pasea en tanto,
Y arrastra el largo manto
Por el campo marcial, ornado en seda.

A la soberbia y fausto del magnate
Opone el bueno sus costumbres puras
Y su virtud intacta:
Aquel empero le desdeña necio,
Y con feroz desprecio
De señor y de príncipe se jacta.

¡Arrogancia fatal! La muerte dura
Es la sola imparcial y justiciera.
Indiferente á todo,
Movi6 la urna la terrible parca,
Y el pastor y el monarca
Ven sus nombres salir del mismo modo.

En vano de Dionisio en los festines
Rico manjar al paladar adula: